

Efectos de la migración en las mujeres y relaciones de género en un poblado michoacano

Miriam Aidé Núñez Vera¹

Resumen

En el proceso migratorio se presentan realidades no exploradas cuando se focaliza la indagación en el debate de las remesas, como es la situación de las mujeres que se quedan en el lugar de origen, es decir, esposas, hijas, madres, hermanas, suegras, que en el mejor de los casos, se vuelven receptoras y administradoras de los recursos de las remesas. Existen otros casos, poco estudiados que son los de las mujeres que se quedan en el abandono. Todas ellas padecen los costos de la migración. El análisis de la situación de las mujeres, que viven las ausencias temporales y definitivas de los varones, posibilita reconocer la trascendencia de su participación como actores sociales que inciden en las nuevas formas de convivencia, así como en los procesos de producción material y cultural de las regiones. El presente estudio se desarrolló en un poblado michoacano de México, en el que las mujeres enfrentan la decisión inamovible de los hombres de desplazarse. Ellas asumen responsabilidades que modifican sus vidas cotidianas y las predisponen a enfermar. El conocimiento de las realidades de las mujeres contribuye a la construcción de una sociedad respetuosa entre los sexos.

Palabras clave: migración, relaciones de género y malestares.

Summary

Many unexplored realities surface as men migrate, and the effects of this migration pattern can help us better understand its socioeconomic impact. Most women who are left behind - wives, daughters, mothers, sisters, and mothers-in-law are able to benefit from the money being sent home by the men. But there are many other cases, less studied, of women who are abandoned by their spouses and male relatives, and these women suffer the negative effects of male migration. By analyzing these women's

¹ Licenciada en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM Xochimilco), completó su Maestría en la Universidad Autónoma Chapingo y su Doctorado en el Colegio de Postgraduados. Es profesora investigadora de tiempo completo de la Universidad Autónoma Chapingo Morelia. Es directora del Centro de Atención a las Mujeres Violentadas en Michoacán (CAMVI). miri_nuve@yahoo.com.mx

personal situations and performing case studies of them as they live in the absence of their male counterparts, it is possible to recognize their role as social actors creating new ways of living together. These women have an immeasurable effect on the productivity level and cultural fabric of the local region. This study took place in a small town in Michoacán, México, where women face the harsh realities of men who decide to migrate out of the area to pursue better opportunities abroad. Women quickly begin to assume responsibilities which modify their daily lives, and encounter many stresses which can predispose them to sickness. Becoming familiar with the realities of these women's daily lives contributes to the establishment of a society that fosters respect among genders.

Keywords: migration, gender relations and uneasiness.

Resumo

No processo migratório se apresentam realidades ainda não exploradas ao ser focalizado o debate das remessas, considerando a situação das mulheres que permanecem no lugar de origem, isto é, esposas, filhas, mães, irmãs, sogras, que, no melhor dos casos, se tornam receptoras e administradoras dos recursos dessas remessas. Existem ainda outros casos, pouco estudados, referidos às mulheres que ficam no abandono. Todas elas vivenciam os custos da migração. A análise da situação das mulheres que vivem as ausências temporárias e definitivas dos homens possibilita o reconhecimento da importância da sua participação como atores sociais que incidem nas novas formas de convivência, bem como nos processos de produção material e cultural das regiões. O presente estudo foi desenvolvido em um povoado de Michoacán, no México, na qual as mulheres enfrentam a decisão inamovível de deslocamento dos homens. Elas assumem responsabilidades que modificam suas vidas cotidianas e as predis põem para a doença. O conhecimento das realidades das mulheres contribui para a construção de uma sociedade que respeite a diferença entre os sexos.

Palavras-chave: Migração, relações de gênero e mal-estares.

Introducción

El problema de la migración en México ha cobrado creciente importancia en las últimas décadas. De haber sido un país con tradición migratoria y de atracción de inmigrantes centroamericanos, se ha convertido en el primer país en el mundo expulsor de mano de obra. En este cambio de tendencias migratorias, encontramos una serie de factores que se relacionan con el estancamiento del modelo de desarrollo basado en la liberalización de las economías, el monopolio de capitales, empleos escasos y precarios y, una creciente diferenciación social. Así, las deficiencias estructurales del proceso de desarrollo contribuyen al incremento del fenómeno migratorio y sus impactos no solo son económicos, también se presentan desde la descomposición del tejido social de las comunidades que abarca las relaciones familiares, las transformaciones de roles sociales, las afectaciones interétnicas, hasta los cambios culturales y políticos. Las migraciones generan una mayor diversidad cultural y étnica, que modifica las identidades y trastoca costumbres y tradiciones.

Diversos autores reconocen que las investigaciones respecto al tema resultan insuficientes para conocer y medir las diferentes dimensiones del problema que permitan incidir en los procesos de desarrollo local. Los estudios se han centrado en las remesas y su impacto en la reproducción familiar, en los que se analizan las transferencias de dinero para el consumo del grupo doméstico, el mejoramiento en las condiciones de vida, la implementación de proyectos productivos, la adquisición de bienes, las inversiones en la parcela y la apertura de cajas de ahorro. El abordaje de lo anterior, permite la aportación de diferentes elementos en el conocimiento y en los efectos de este fenómeno social. Sin embargo, se presentan otras realidades no exploradas que aportarían elementos para su conocimiento. En este sentido, en el análisis del flujo migratorio, las mujeres que se quedan, es decir, esposas, hijas, madres, hermanas, suegras, en el mejor de los casos, se consideran como receptoras y administradoras de los recursos de las remesas. Otros casos, poco estudiados, son los de las mujeres que se quedan en el abandono.

La migración masculina genera una diversidad de situaciones familiares y sociales que distorsionan la convivencia personal y comunitaria, provoca cambios en las formas de vida, en los procesos de producción y en la cultura de las regiones. Las familias más pobres se quedan a cargo de las mujeres, teniendo que vivir experiencias variadas. La pobreza para ellas es más cruda puesto que tienen que enfrentar la discriminación para el acceso a recursos económicos, sociales y políticos, por lo que las mujeres padecen los costos de la migración.

En este sentido, el presente estudio profundiza en el análisis de los efectos del proceso migratorio en las condiciones de vida de las mujeres que se quedan, las estrategias de sobrevivencia o reproducción implementadas por ellas y sus familias en sus lugares de origen, las formas de convivencia familiar y las nuevas relaciones entre hombres y mujeres, en el municipio de Charo, Michoacán. El conocimiento de las realidades de las mujeres en la construcción de mejores condiciones de vida, es un paso fundamental para proponer esquemas alternativos para su desarrollo personal y comunitario.

Migración y perspectiva de género

El proceso de globalización, en términos económicos, comprende nuevas formas de producción y consumo, expansión del mercado, innovación tecnológica y crecimiento de los mercados financieros. El mundo vive una etapa de transición, en la que se modifican las estructuras económicas, sociales y culturales que se encuentran en un proceso de adaptación de acuerdo con las condiciones de cada país y características de las regiones.

A pesar del crecimiento de la producción y de los diferentes avances, las desigualdades sociales a nivel mundial se agudizan. Ianni (1999) y Stiglitz (2002), señalan que el desarrollo desigual de la sociedad global afecta principalmente a la población en condiciones de pobreza. En el mundo existen 1300 millones de personas que viven con menos de un dólar diario (PNUD, 2005); la desigualdad es mayor que nunca. Los cambios significativos del proceso globalizador se observan en los mercados laborales, en donde

predomina la flexibilización y segmentación, la pérdida de derechos y prestaciones laborales, desempleo, informalización, incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo e intensificación de rutas migratorias.

El incremento de migrantes en el mundo y el mayor flujo de remesas, son el resultado de la no inclusión económica y de una mayor desigualdad entre los países. Castles (2007), apunta que en la nueva arquitectura socioeconómica global, la cantidad de migrantes y el volumen de las remesas que envían a sus países de origen, han tenido un incremento sin precedentes en todo el mundo. En los últimos 25 años, se han movilizadado 190 millones de migrantes, el flujo de remesas pasó de 48.000 millones de dólares en 1995, a 199.000 millones de dólares en 2006. Estas cifras no contemplan los envíos informales, por lo que las remesas se consideran mayores a los flujos de inversión extranjera y a la ayuda oficial de los países en desarrollo (Banco Mundial, 2007).

En el análisis de la migración resulta indispensable comprender la llamada integración económica y la globalización. En su nueva fase, el capitalismo global no logra la inclusión económica, por lo que para Castles (2007) las remesas son una forma de paliar el despojo derivado de la globalización, puesto que los gobiernos que han aplicado las políticas de ajuste impuestas en los ámbitos locales, basan sus expectativas de desarrollo en las contribuciones de sus migrantes. Las remesas se convierten en una válvula de escape al desempleo y a la inestabilidad socioeconómica; este flujo de dinero es una de las caras de la migración, el otro rostro es la pérdida de recursos humanos, lo que se convierte en un obstáculo real para el crecimiento y desarrollo de los países.

Para Massey et al. (1998), ya nadie cree en la relación positiva entre migración y desarrollo, por lo que se convierte en el “nuevo mantra del desarrollo” (Kapur, 2004), en el que se considera que las remesas transfieren inversión, recursos y conocimientos. Detrás de estas creencias subyace la necesidad de mano de obra invisible en los países desarrollados, como son los trabajadores para la construcción, servicios, manufactura, producción agropecuaria, limpieza, servicio doméstico y cuidado de personas mayores e infantes.

Encontramos el análisis de la migración dominado por los problemas del desarrollo, los flujos migratorios y el espectacular crecimiento de las remesas. Otras dimensiones de este fenómeno son poco estudiadas, como la comprensión de los efectos y significados de la situación de las y los que migran, las mujeres solas y abandonadas, las nuevas interacciones espaciales y sociales. Desarrollar análisis integrales de la migración es lograr comprender la complejidad de los problemas en el marco del capitalismo global contemporáneo.

Las voces de quienes migran y de las mujeres afectadas por este fenómeno, nos permiten centrarnos en las y los actores, la familia y la comunidad. Adoptar la perspectiva de género es cuestionar el planteamiento de que la migración es una fuerza que impulsa el desarrollo. Por el contrario el gobierno y el Estado, la ven como una alternativa para evitar cambios estructurales y mantener los intereses de los grupos

económicos que concentran capitales. El enfoque de género nos permite comprender la migración en un contexto económico, social y cultural vinculado con la construcción social de lo femenino y lo masculino, que afecta y es afectada por las relaciones de género. La construcción social de la diferencia sexual, la asignación de roles y la condición de las mujeres en sus contextos, repercuten en las migraciones (Szasz, 1999).

Los condicionamientos sociales determinan las identidades, subjetividades y necesidades de mujeres y hombres. Sus valores, conductas, actividades y creencias dan cuenta de la simbolización del género, en la que las sociedades funcionan en el espacio público de un modo androcéntrico, masculino, en el que se produce conocimiento y se hace política, mientras que el espacio privado, subordinado al anterior, es en el que se atiende y se proveen cuidados para garantizar la reproducción generacional y social. Los lugares son espacios de valoración cultural, en los que la asignación de género sobre la base de la diferencia biológica, produce asimetrías entre los sexos.

Las construcciones culturales de la diferencia sexual afectan las motivaciones referidas a la movilidad espacial de mujeres y hombres, así como el tipo de actividades que realizan en los mercados de trabajo. También se ven afectados el control de la sexualidad femenina, las relaciones familiares, la toma de decisiones y la situación de las mujeres que se quedan en el lugar de origen mientras los esposos, hijas e hijos migran. El análisis de la migración desde el género permite visibilizar los tipos de movilidad femenina, el trabajo remunerado, la situación de las mujeres en los diferentes contextos sociales y culturales en donde se desplazan, así como en aquellos donde se quedan (Lim, 1993; Oliveira, 1998; Szasz, 1999).

En el estudio de la migración predominó la experiencia migrante masculina, pero la contribución de la definición de las movilidades por sexo permitió la identificación de las relaciones de género en las motivaciones de la migración y las dificultades para desplazarse. La medición de los flujos migratorios arroja un elevado movimiento masculino, en tanto que, por el contrario, se subestima la participación de las mujeres migrantes (Marroni, 2005). Las construcciones culturales acerca de la feminidad aparecen como elementos que motivan o restringen los desplazamientos, así como el acceso limitado a los recursos y la educación, por lo que las motivaciones de la migración femenina se vinculan a las desigualdades de género. Las mujeres se van para escapar de los contextos familiares y comunitarios restrictivos, en los cuales la autoridad patriarcal domina y ellas tienen poco poder de decisión. Otro aspecto propio de la era global, es el incremento del tráfico de mujeres y niños como inmigrantes ilegales, así como redes de migración de mujeres cuidadoras. Las nuevas formas de extracción de beneficio de los circuitos e ilícitos globales, tales como el tráfico de mujeres en el que intervienen capitales poderosos, organizaciones criminales y el narcotráfico, son actividades que afectan a todo el mundo (Castells, 2001; Sassen, 2003).

El análisis de la unidad doméstica permite distinguir las pautas de convivencia y de poder familiares, en las que se establecen mecanismos de dominio y subordinación, se distribuyen de manera desigual los recursos y se definen obligaciones y

responsabilidades de acuerdo con las normas culturales (Salles y Tuirán, 1998). Lo que orienta la migración de sus integrantes se relaciona con las representaciones que ubican el hogar como espacio de reproducción social y de relaciones de cooperación y conflicto, en donde se estructura la familia y se definen sus funciones. El abordaje de los hogares desde la perspectiva de género desentraña la situación de las mujeres, los papeles diferenciados por sexo en cuanto al cuidado, mantenimiento de la familia y las responsabilidades de cada integrante, la visibilización del trabajo doméstico que implica la atención y crianza, el cuidado de las personas mayores y discapacitados, las relaciones de poder intergenéricas e intergeneracionales, así como la gestión de recursos por parte de las mujeres para la obtención de bienes y servicios. Los procesos migratorios transforman estos espacios, su estructura y funciones familiares, la organización doméstica y la situación conyugal. Las relaciones que se establecen sobre esas bases determinarán la salida o permanencia de hombres y mujeres.

Un aspecto importante en la dinámica de los hogares es lo concerniente a las estrategias de sobrevivencia, una cara más de la globalización. Dadas sus condiciones de pobreza, las familias y particularmente las mujeres se ven obligadas por el sistema capitalista a implementar opciones que garanticen su producción y reproducción (Núñez, 2000). Las mujeres ante la migración masculina, han tenido que modificar sus principales actividades y complementarlas con otras, aparecen como las principales protagonistas para asegurar la permanencia de las familias. Los trabajos que realizan son de subsistencia, tales como preparación y venta de alimentos, trabajo a domicilio, trabajo informal y la prostitución, y aparecen como formas crecientes de sustento familiar. Las mujeres asumen la responsabilidad de sostenimiento, cuidado, representación y gestión de recursos.

Otro aspecto que propone analizar el enfoque de género en los procesos migratorios, es la configuración de los mercados de trabajo en los que la flexibilización, la eficiencia productiva, la liberalización del mercado, la subcontratación e informalización, son las caras de la globalización asociadas a la desigualdad sexual. El creciente trabajo de las mujeres en la maquila, la industria automotriz, la informalización de la economía, la agroindustria de exportación, se presenta porque el trabajo se vuelve temporario, de subcontrato y a destajo. Los sistemas de producción flexibles requieren de trabajo en el que las personas se adapten a los cambios, acepten condiciones laborales precarias y renuncien a las conquistas obreras alcanzadas (Cobo, 2004). La lógica del mercado de trabajo se encuentra permeada por el género, lo que Castell (1999) denomina un mercado laboral de dos clases de trabajadores: los autoprogramables y los genéricos. El mercado laboral demanda trabajadores varones con educación, cualificados y programables, a quienes les asigna altos ingresos, por el contrario el trabajador genérico no requiere información y conocimiento, es reprogramable y temporal; estos últimos en su mayoría son mujeres. La educación, los estereotipos y los condicionantes de género influyen en la nueva segregación laboral.

El incremento en la subcontratación de mujeres se presenta porque estas son consideradas más cuidadosas, responsables, no se organizan, se ausentan menos y aceptan salarios bajos, esto último determinado por la necesidad de obtener un ingreso para

la manutención familiar. Un aspecto importante en el análisis del ingreso familiar es el de proveedor, concepto que se constituyó después de la Segunda Guerra Mundial, en el que se asumió como norma universal al varón proveedor. Dado el impacto de la globalización, este modelo se encuentra en decadencia y las mujeres se convierten en proveedoras frustradas, debido a que en el nuevo ideal de salario familiar, las mujeres contribuyen a los ingresos de la familia, pero la modulación patriarcal del mercado laboral limita que asuman esta responsabilidad (Amorós, 2004). Dadas sus condiciones, las diferencias salariales contribuyen a la definición del trabajo de las mujeres como complementario al del hombre; la dominación patriarcal en el mercado de trabajo fomenta su posición de dependencia familiar. En la era global los puestos de proveedor familiar tienden a compartirse, por lo que se rediseñan las relaciones de género y las experiencias de vida de las mujeres.

Como parte de los efectos de las migraciones en las relaciones de género en las mujeres que migran o en las que se quedan, se destaca la constitución de diferentes tipos de familias en las que se busca la visibilización de las relaciones de conflicto y desigualdad que se producen en su interior, las formas de organización, convivencia y toma de decisiones. En el estudio de los efectos de las migraciones sobre las familias también se analiza la violencia en la relación de pareja y de esta contra las y los hijos (Núñez, 2004; García y Oliveira, 2006). La violencia de género consiste en actos violentos basados en la condición subordinada de las mujeres; esta forma de violencia no es una derivación espontánea de la naturaleza del ser humano, sino que se encuentra asociada a la ideología patriarcal del ejercicio del poder, que no reconoce a las mujeres como sujetos, las discrimina constantemente, las mantiene excluidas de los diferentes espacios, las margina, somete y obliga a un determinado comportamiento.

La violencia contra la mujer es la expresión de la desigualdad entre los sexos basada en la jerarquización de los espacios masculinos y femeninos, en la que se privilegia uno sobre el otro, generándose relaciones de dominio y subordinación que marcan profundas desigualdades entre mujeres y hombres. La violencia se presenta en la medida que le son asignados a la mujer determinados roles sociales, los cuales delimitan y determinan sus actividades y reproducen el acceso desigual a los recursos y al poder. La violencia es la expresión del poder que el hombre ejerce sobre la mujer (Núñez, 1998).

La incorporación del concepto de violencia de género en el estudio de los procesos de toma de decisiones previos y posteriores a las migraciones, permite vincular la comprensión de las formas de convivencia en el hogar, de las ausencias y presencias y del bienestar y autonomía de los diferentes integrantes de la familia. Los conflictos se presentan porque se considera que las mujeres no cumplen con las responsabilidades impuestas, por la falta de entendimiento de las mujeres con sus suegras, a quienes los varones delegan su autoridad al desplazarse, y por el ejercicio de la paternidad a distancia.

Otro aspecto de análisis de los efectos de la migración en las relaciones de género es la toma de decisiones, que hace referencia a las relaciones entre las parejas

y las formas de ejercicio de poder masculino. La autoridad sobre los integrantes de la familia consiste en la toma de decisiones sobre los recursos provenientes de las remesas, la distribución de tareas, el control de la sexualidad y las nuevas formas de relacionarse. En los hogares los hombres pierden autoridad porque están a cientos de kilómetros de distancia, las mujeres obedecen en el primer momento del proceso migratorio porque se quedan para garantizar la atención y el servicio de la familia. Pero en la situación de migración del varón, se reconstruye la posición de la mujer, que paulatinamente no acepta obedecer, ya que se va asumiendo como la jefa del hogar.

En el proceso migratorio se modifican las formas de interactuar de las familias. La posición interna de la mujer en el hogar cambia en lo que se refiere al manejo del ingreso familiar. Las remesas que se envían son manejadas por ellas, por lo que se pasa de un modelo donde la autoridad es ejercida por el varón, a uno en el que ella decide el destino de los recursos junto con las hijas y los hijos. Asimismo, las esposas adquieren una mayor presencia en el espacio público por su inserción en el mercado de trabajo y en la gestión de recursos para mejorar las condiciones de vida de los integrantes de la familia. La flexibilización de los roles tradicionales ante la ausencia del varón que migra, obliga a las mujeres a asumir responsabilidades que no corresponden a los roles asignados de modo tradicional, como son la manutención y la representatividad familiar. Sin embargo, la nueva situación de las mujeres se encuentra mediada por la estructura de parentesco, en el sentido de que se suple la ausencia de los jefes varones con otros parientes masculinos, con lo que se subsume a la mujer en la autoridad de la familia extensa (Arizpe, 2002). Esta situación cambia cuando los conflictos emergen; en esos casos las mujeres deciden los momentos en que se alejan de los espacios que les fueron asignados.

El proceso migratorio genera transformaciones y continuidades en las relaciones de género. Por un lado, las concepciones del papel de los varones como proveedores económicos de la familia, continúan teniendo una connotación simbólica importante, debido a que se asocia el poder masculino a la noción del envío de remesas para el apoyo y protección de la familia, con lo que se legitima su autoridad en el hogar y la comunidad (Rosas, 2009). Los varones que no pueden cumplir con este mandato, pierden poder y prestigio, situación que en muchas ocasiones se convierte en un comportamiento violento en contra de las mujeres, hijas e hijos.

Otro aspecto a considerar en el fenómeno migratorio, es el análisis de la vida cotidiana de las mujeres que se quedan en su comunidad, desde aquellas que mantienen vínculos con el varón que se desplazó, como aquellas que no vuelven a tener noticias de él, ni reciben dinero, ya que viven el abandono de sus parejas. La ausencia temporal o definitiva de quien se desplaza produce malestares en las mujeres que se quedan. Desde la perspectiva de género se reconocen los padecimientos de las mujeres producto de la situación de subordinación social, en el que la cultura les impone condiciones de vida opresivas. La construcción de sentidos para ellas se centra en los roles de madre, esposa y ama de casa, que al no cumplirlos vulneran su autoestima y se convierten en factores de riesgo para su salud (Burin, 2000). Los procesos migratorios modifican la vida cotidiana de las mujeres y el cumplimiento de sus roles de género.

Notas metodológicas

La investigación se desarrolló en el municipio de Charo del estado de Michoacán, México, en el que hay una fuerte experiencia migratoria temporal, circular y definitiva². La elección de analizar los efectos del proceso migratorio en las mujeres que se quedan en el lugar de origen, se fundamenta en que se trata de un fenómeno social poco explorado y en el municipio se presenta un número creciente de mujeres en esta situación. El desplazamiento para los varones ha sido destino irrenunciable por décadas ante el contexto económico y social en el que se desenvuelven. Para las mujeres es un determinante para la conformación de parejas, por lo que la presente investigación se centra en las consecuencias de las migraciones masculinas para ellas y sus familias y en las posibilidades de transformaciones en las relaciones de género.

La metodología utilizada en el presente trabajo fue la cualitativa, por medio de relatos de vida. Se analiza, con perspectiva de género y desde el relato de las mujeres, las formas en que experimentan los efectos de la migración y la manera en que la perciben. La comprensión de los significados que dan las mujeres a estos procesos, permite la lectura de los determinantes culturales que profundizan las desigualdades sociales. A partir del propio lenguaje expresan la manera en que viven, sus pensamientos, intereses, temores, su pasado y presente.

El trabajo de campo se realizó durante seis meses, entre noviembre de 2008 y abril de 2009. Al principio se trabajó con mujeres que mantenían vínculos afectivos con sus parejas migrantes, pero al obtener saturación en la información se decidió también entrevistar a mujeres que se encuentran abandonadas, con quienes resultó difícil conversar por los sentimientos y afectos displacenteros que experimentan. Se lograron obtener 16 relatos de vida. Las unidades de análisis son las mujeres, agrupadas de acuerdo con migración en:

- a) Mujeres unidas con esposos que circulan entre México y los Estados Unidos.
- b) Mujeres que rompieron el vínculo matrimonial como consecuencia del abandono de los esposos.

Con un enfoque cualitativo se interpreta el sentido que las y los actores asignan a sus circunstancias de vida, como una forma de encarar el referente empírico. El análisis de la realidad empírica tiene como objetivo saber interpretar las diferentes situaciones. Lo central de este estudio es la comprensión de los significados que elaboran los grupos para su vida y su entorno social. Se parte de la hipótesis de que no existe una sola realidad válida para todo grupo humano, por el contrario, existen tantas expresiones

² Los tipos de migración se dan de acuerdo con los períodos en que se realizan, que dependen de circunstancias tanto personales y comunitarias en el lugar de origen, como del lugar de destino. En la migración temporal, quien se desplaza va, realiza su trabajo y regresa; en la migración circular hay una ausencia indefinida del que se va; la migración definitiva se presenta cuando el migrante no tiene la intención de regresar a su lugar de origen.

culturales como grupos humanos. Cada persona le da un sentido particular a su vida, debido a que su realidad social se constituye sobre la base de representaciones, o sea de la construcción de significados que hacen sobre la misma (Berger y Luckman, 1984; Taylor y Bogdan, 1987).

La aplicación de esta metodología a través de los relatos de vida, nos permitió acercarnos a los significados, sentidos de sus vidas y relaciones de género de las mujeres ante el desplazamiento temporal y definitivo de sus maridos. Pudimos lograr los relatos mediante tres estrategias: a) la ubicación de mujeres que acuden a varias estancias infantiles del municipio de Charo, a llevar a sus hijas e hijos mientras ellas realizan sus labores productivas, salariales, domésticas y comerciales; b) se participó en reuniones convocadas por Dirección Municipal de la mujer, en las que se invitó a participar en el trabajo; por último, c) a través de la denominada “bola de nieve”, es decir, algunas de las mujeres que relataron su experiencia, refirieron sobre otros casos similares, apoyaron para conocerlas y compartieron sus percepciones.

La configuración de las percepciones se producen en un contexto social, que se insertan en el horizonte de las prácticas y vivencias (Salles, 2001). Las percepciones están determinadas por las posiciones que ocupan mujeres y hombres en las distintas estructuras, así como las formas de actuar en estas posiciones que dependen del género, la clase y etnia. Para nuestra investigación, la unidad de análisis es el relato de las mujeres que comparten la ausencia de sus maridos en Charo, en un contexto que incide en la formación de sus percepciones tal como las expresan. La recuperación de las vivencias se centró en: motivos de la migración, redes sociales, remesas, vínculos afectivos, relaciones de género y toma de decisiones, actividades de las mujeres y estrategias de sobrevivencia, malestares y apoyos gubernamentales.

Durante el proceso de las entrevistas se incluyeron preguntas para recabar información sobre características generales de las mujeres como: edad, escolaridad, fecha de casamiento, número de hijas e hijos, con quien viven, actividades económicas de la familia, servicios e ingresos. Esto se realizó con el objeto de determinar los beneficios de la migración en las condiciones de pobreza de las mujeres y sus familias.

Recuperamos testimonios de mujeres que se quedan en la comunidad ante la continua práctica migratoria de los hombres, sus voces merecen salir del anonimato, que se conozcan las dificultades que afrontan ante lo que parece inevitable para ellas, esto es, la separación, las continuidades, ausencia de afectos y enfermedades. El propósito de este estudio es mostrar uno de los rostros del proceso migratorio.

La migración en Michoacán

La migración es un proceso motivado por el sistema económico, que en diferentes momentos se encuentra relacionado con la oferta y demanda de fuerza de trabajo, así como por factores sociales entre las comunidades de origen y las de destino. En las últimas dos décadas el incremento de la demanda de mano de obra se presenta en los sectores agrícola, el de construcción, maquila, industria automotriz y servicios, en los

que los empleos no son cualificados, no requieren de destreza y son mal pagados. Las crisis recurrentes en nuestro país, producto de la reestructuración de la economía, han provocado que una gran cantidad de desempleados encuentren en la migración una alternativa para su sostenimiento y reproducción social. La conformación de redes para movilizarse favorece el desplazamiento, ya que disminuyen los riesgos y proporcionan seguridad en los lugares de destino.

La migración de mujeres y hombres hacia Estados Unidos, tuvo un incremento, desde los 4.3 millones que migraron en 1990, a más de 9 millones en el año 2000. El número de migrantes que vive en el vecino país es de más de 11 millones de personas, en su mayor parte es población joven de varones y mujeres, los primeros representan el 56,6% y las segundas el 44,4% (INEGI, 2005). El 58% se encuentra entre los 15 y 39 años de edad, el 34% tiene más de 40 años de edad. La relación hombres-mujeres para el total de mexicanos residentes en ese país es de 125.3 hombres por cada 100 mujeres, concentrándose el mayor número de migrantes entre los rangos de edad de 15 a 19 años y de 45 a 49 años. Durante los años 2000 y 2005, ingresaron a territorio estadounidense 3 millones de mexicanas y mexicanos. El indicador alcanza su valor más alto en 137.8 hombres por cada 100 mujeres, pasando la tasa de desempleo masculina de 1,98% a 3,6% durante el mismo período (INEGI, 2009).

Con el incremento de la migración de varones y la participación económica de la mujer, se presenta un número cada vez mayor de hogares con jefatura femenina. En los últimos quince años, se observa un incremento del 4,2% en el número de familias con jefas mujeres, que representa 400.000 hogares más en los que ellas son las responsables de la manutención y educación de los integrantes de la familia.

En el estado de Michoacán se han presentado diferentes momentos de idas y venidas a Estados Unidos. Desde principios del siglo XX con el inicio de la Revolución Mexicana, se tiene el registro de un éxodo importante de personas; en el año 1917 con el establecimiento del “Programa Bracero” se permite el ingreso legal e indocumentado de mexicanos; por efectos de la guerra cristera de los años 1926 a 1929 salen migrantes de los estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato. A finales de la década de los treinta el reparto agrario en el cardenismo mitiga temporalmente la migración; con la Segunda Guerra Mundial se resiente la escasez de mano de obra en Estados Unidos, de modo que en 1943 se firma un convenio para trabajadores agrícolas, no agrícolas y de riel. La vigencia del convenio bracero fue de 22 años, contratándose más de 4.5 millones de trabajadores en tanto que el número de deportados en el período fue de 5 millones de mexicanos; posteriormente a la década de los setenta y hasta la fecha la política migratoria de ese país ha generado la masificación de la migración indocumentada (Durand, 2003).

El estado de Michoacán se considera la primera entidad federativa de mayor expulsión de mano de obra, le siguen los estados de Zacatecas, Guanajuato, Jalisco y Distrito Federal. De los 113 municipios michoacanos, el 25% reporta muy alto grado de intensidad migratoria, 38% un alto grado y el 30% un grado de intensidad medio.

El municipio de Charo, se encuentra en los de alto grado migratorio. La población nacida en México residente en Estados Unidos alcanzó la cifra de 11 millones de personas, de las cuales el 10% son de origen michoacano, lo que representa 1.100.000 migrantes (INEGI, 2005). Con la migración masculina, numerosas comunidades rurales se encuentran con una importante feminización de su población. Existen poblados enteros en los que las mujeres asumen las responsabilidades familiares. En la comunidad de estudio, la participación de las mujeres va en aumento y la valoración de su trabajo se está dando poco a poco.

De los varones que migran, se considera que solo el 10% regresa de forma temporal o definitiva al estado. Este indicador da cuenta de la cantidad de mujeres y familias que enfrentan solas la producción y reproducción de las economías domésticas. Los cambios en la participación económica de las mujeres forman parte del proceso migratorio. Los efectos positivos y negativos de este producen un impacto económico desigual y heterogéneo de acuerdo con las diferencias y características de las estructuras productivas regionales, por el incremento de la migración, la historia de las personas, su experiencia en los desplazamientos, el tipo de vínculos y relaciones que mantienen con su diáspora (Lozano, 2007).

Durante los años de 1995 a 2005 se reporta un incremento importante en el envío de remesas a México, al pasar de 3.627 a 19.000 millones de dólares, lo que representa un aumento del 450% (Banco de México, 2005). En este período el número de hogares que dependen de las remesas se duplicó, pasando de 660.000 a 1.4 millones de hogares con un promedio de 5 integrantes, 5.6 millones de personas reciben envíos de dólares en nuestro país. Las familias que reciben remesas son en su mayoría del sector rural, que se localizan en localidades menores a 2.500 habitantes.

Las remesas no potencian por sí solas el desarrollo ni el crecimiento de las regiones, contribuyen a reactivar el mercado interno y representan una fuente importante de recursos para cubrir las necesidades básicas de las familias como alimentación, salud y educación, pocas pueden realizar otras inversiones de ese recurso. Aligeran la responsabilidad del Estado en materia de servicios de salud y bienestar social, aunque la crisis financiera y el desempleo en Estados Unidos han repercutido en el envío de remesas, puesto que se prevé un desplome del 10% durante el año 2009, lo que representa unos 2.500 millones de dólares (FMI). Los hogares que reciben remesas se verán afectados con su disminución, por lo que los costos para las mujeres que se quedan serán mayores en lo económico y social.

La experiencia migratoria de varones, tanto temporal como definitiva afecta a las mujeres, modifica sus formas de participación económica y la reproducción social de las comunidades de origen. El análisis de los efectos del proceso migratorio en las mujeres que se quedan en el lugar de origen, implica que asuman responsabilidades que representan una sobrecarga de trabajo, cambios en las prácticas y relaciones de género, así como malestares que dependen de las experiencias vividas ante las ausencias por la migración.

A continuación se abordarán las diferentes situaciones que enfrentan las mujeres que se quedan solas de manera temporal, así como aquellas que son abandonadas; ambas tienen sus propias percepciones sobre lo que viven y de las formas de relacionarse en su entorno social y familiar.

Caracterización del municipio de Charo

El municipio de Charo se encuentra al norte del estado de Michoacán, tiene una superficie de 174,50 km² dividida en 67 localidades con menos de 5.000 habitantes, la cabecera municipal tiene el mismo nombre y abarca 20 comunidades. Se ubica a 15 km de la capital del Estado, en la región Morelia (Vargas, 1993). La población total de Charo es de 19.417 habitantes, de los cuales 10.168 son hombres y 9.249 mujeres. Su tasa de crecimiento es de 2% anual y la densidad de población de 89 habitantes x Km². En cuanto a escolaridad el 12,17% de la población mayor de 15 años es analfabeta, aunque el porcentaje de población sin primaria completa es de 39%. En cuanto al porcentaje de ocupantes de vivienda sin servicio sanitario es 5,8% y el 1,91% no cuenta con energía eléctrica. En Charo se reporta que el 9,72 % de las viviendas se encuentra sin agua entubada en su interior, que es muy similar al promedio estatal. El porcentaje de ocupantes de vivienda con piso de tierra en el estado es de 15,67%, y en Charo es mayor ya que es de 19,16%.

El espacio con el que cuentan para vivir, en el que organizan la vida doméstica a partir de las asignaciones de género, nos da cuenta del hacinamiento, el cual es alto en el municipio de Charo, de 4 integrantes por hogar, con un promedio de dos cuartos en la vivienda. La insuficiencia de espacio denota precariedad de la vivienda y falta de privacidad para sus integrantes (Cuadro 1).

Cuadro 1. Grado de marginación en el estado de Michoacán y en Charo

INDICADORES	NACIONAL	MICHOACÁN	CHARO
Población Total	103,263,388	3,966,073	19,417
% Población analfabeta de 15 años y más	8,37	12,58	12,17
% Población sin primaria completa de 15 años y más	23,10	33,48	39,44
% Ocupantes en vivienda sin servicio sanitario	5,34	5,6	5,81
% Ocupantes en vivienda sin energía eléctrica	2,49	2,11	1,91
% Ocupantes en vivienda sin agua entubada	10,14	9,97	9,72
% Viviendas con algún nivel de hacinamiento	40,64	40,01	44,88
% Ocupantes en vivienda con piso de tierra	11,48	15,67	19,16
Población en localidades con menos de 5 000 habitantes	38,99	40,51	100,00
% de población ocupada con ingreso de hasta 2.5 salarios mínimos	45,30	55,79	72,04
Índice de marginación	-	0,45	-0,17
Grado de marginación	-	Alto	Medio
Lugar que ocupa en el contexto estatal	-	10	1330

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Índices de Marginación 2005, del Consejo Nacional de Población, México.

La actividad económica más importante es la agricultura, se basa principalmente en la producción de maíz y es conocido el municipio por la elaboración de tortillas hechas a mano por las mujeres. Se calcula que el 80% de la PEA femenina se dedica a esta actividad (Núñez, 2000). De las 7.766 personas económicamente activas, 80% son hombres y 20% mujeres. La agricultura ocupa el mayor número de personas, le siguen las actividades de servicios, manufactura y comercio. Las actividades que realizan las mujeres no son tomadas en cuenta por las estadísticas por no considerarse productivas y generadoras de valor, por lo que las mujeres que trabajan en el servicio doméstico, las que bordan, tejen y las que elaboran tortillas a mano no aparecen registradas. El 70% de la población económicamente activa en Charo reporta un ingreso promedio de 2.5 salarios mínimos, esto es de menos de \$100 por día.

El municipio cuenta con un Centro de Salud, una clínica particular y tres consultorios médicos, aunque la mayoría de mujeres y hombres acuden a los servicios médicos en la ciudad de Morelia. El 85% de la población no tiene acceso a los servicios de salud pública. El municipio es considerado con un índice medio de marginalidad, dentro del décimo lugar en el que se encuentra el estado de Michoacán en el país.

Condiciones de vida de las mujeres

Las mujeres que participaron en el estudio fueron 16, de las cuales 8 mantienen lazos sentimentales con sus esposos migrantes y, 8 se encuentran en situación de abandono. Las condiciones de vida que presentan dan cuenta del estado en que se desenvuelven en la sociedad, que establece normas distintas para las vidas y actividades de las mujeres y los hombres. La edad de las mujeres es de 22 a 48 años. En el primer grupo, constituido por las mujeres que mantienen lazos afectivos con los que migran, la edad promedio es de 25 años, mientras que el segundo grupo integrado por las mujeres abandonadas por los esposos, la edad promedio es de 37 años. En lo concerniente a la fecundidad, la disminución de la tasa de natalidad en este lugar, coincide con la reportada en gran parte del país; las mujeres de ambos grupos tienen en promedio 2 hijos.

Observamos un patrón de nupcialidad semejante en los dos grupos de mujeres, la edad promedio en que contraen matrimonio es a los 20 años. La unión de pareja significa para ellas la posibilidad de compartir, estar juntos, les permite cumplir con el papel de esposas y madres. Ante los desplazamientos de los varones, el matrimonio se percibe con altas probabilidades de ruptura por la separación de largos períodos y porque aumenta el número de mujeres en el abandono.

“Que se fijen bien cuando se casen, si les dicen que se van a ir mejor ni se metan con ellos. Hay hombres que no piensan así, son pocos y se quedan en la comunidad. Si su esposo decide irse, que se vayan con ellos, para eso se casa una para estar en pareja, no así. El matrimonio es para que los problemas lo resolvamos los dos, es muy feo estar esperándolos” (Rosalinda, 35 años, 2009).

El sentimiento de Rosalinda es generalizado entre las mujeres; ellas perciben el abandono como algo no deseado, varias de ellas manifestaron que no hay dinero que

justifique su ausencia. En la unión de pareja el varón asume el rol de proveedor para la sobrevivencia de la familia, aunque esto resulta contradictorio puesto que todas las mujeres trabajan para obtener un ingreso. Las representaciones femeninas sobre el matrimonio se centran en las nociones de apoyo moral, compañía y respeto. Por otro lado, las hijas y los hijos representan un elemento importante para la relación de pareja, pero sobre todo son considerados como la razón de ser para las mujeres.

Por otro lado, la educación escolarizada en el medio rural se relaciona con diferenciaciones marcadas por el género, cuyas oportunidades educativas son pocas y limitadas en el acceso a mejores empleos y en la toma de decisiones, lo cual las coloca en posición de dependencia. En cuando al nivel de escolaridad, las mujeres abandonadas cuentan con nivel básico de primaria, para el caso de las mujeres que mantienen vínculos con sus esposos su escolaridad es de secundaria, en tres casos tienen nivel técnico y hay una profesionista.

“Yo le dije a mi papá que quería estudiar y no me dejó. Hace poco que murió, cuatro meses antes de morir, me dijo que en ese tiempo no me dejó porque no tenía para que fuera, que lo perdonara. Cuando estaban chicas, ellas me dicen que hice mucho, cuando trabajaba en casa yo las puse en la escuela, a la enfermera le pagué sus mensualidades, la que es maestra, la que tiene su estética también” (Amelia, 48 años, 2009).

El testimonio de Amelia refleja la expresión de desigualdad en el acceso a la educación para las mujeres. La diferenciación se presenta en los niveles básicos y medio, en el que prevalece la concepción patriarcal que considera menos apropiado que las mujeres estudien. Encontramos el apoyo entre mujeres para que puedan asistir a la escuela, ellas son las que garantizan en muchos casos esta posibilidad, significándoles mayor trabajo y limitaciones.

Respecto del análisis de las condiciones de vida de las mujeres, es indispensable considerar que el espacio en el que viven, es un bien primario que ayuda a mantener a la persona con buena salud (Sen, 1996). Las viviendas cuentan con agua, instalación de luz eléctrica, sanitarios y letrinas. Existe hacinamiento en estos espacios, puesto que viven 4 personas por hogar, en un promedio de dos cuartos en las viviendas, en el que uno es utilizado como cocina o fogón para la elaboración de alimentos. La carencia de espacio da cuenta de la precariedad y nula privacidad de la vivienda. A esto se agrega que la mayoría de las viviendas son prestadas por algún familiar del esposo o pariente cercano de las mujeres. Por este motivo, las mujeres buscan garantizar un espacio propio para los integrantes de la familia, de modo que una parte de las remesas y de los ingresos que obtienen en las actividades en que laboran, lo destinan para la construcción de sus viviendas.

En lo que se refiere a la actividad económica de las familias, predomina la producción agrícola de subsistencia. El cultivo de maíz es para autoconsumo, puesto que la superficie promedio con la que cuentan los padres de las mujeres es de 1.5 hectáreas

de tierras de temporal. Ante el proceso migratorio de los esposos, resultan fundamentales las estrategias de sobrevivencia que implementan las mujeres para garantizar la manutención de los integrantes de la familia, la socialización de sus hijas e hijos y el cuidado de la salud de estos y de las personas mayores que forman parte del hogar. Las actividades que realizan las mujeres en ambos grupos, son aquellas que se consideran parte de las labores domésticas, como son elaboración de tortillas hechas a mano, servicio doméstico, comercio informal y servicios en la comunidad. Estos trabajos no son considerados productivos, por lo que las estadísticas oficiales no los reportan.

Con lo que respecta al ingreso que perciben las mujeres, se muestran grandes diferencias entre los dos grupos. Las mujeres que mantienen vínculos afectivos con los varones migrantes, reciben el envío de remesas en un promedio de 200 US mensuales, además de su ingreso personal por la actividad que realizan que es de 2.200.00 pesos mexicanos mensuales. El ingreso promedio para las mujeres de este grupo es de 4.500.00 pesos mexicanos mensuales. Este ingreso no es seguro debido a que el envío de dinero depende de que los esposos tengan o no trabajo remunerado en el vecino país. En el caso de las mujeres abandonadas por sus esposos migrantes, sobreviven con 550.00 pesos mexicanos a la semana, es decir, 2.200.00 pesos mexicanos al mes, ingreso que resulta insuficiente para cubrir las necesidades mínimas de alimentación de los integrantes de la familia, por lo que son las pobres entre los pobres.

Para finalizar con las condiciones de vida de las mujeres que viven los efectos del proceso migratorio masculino, es importante señalar la violencia familiar que se caracteriza por la presencia de relaciones asimétricas de poder entre la pareja. La violencia es una forma de dominio hacia las mujeres, que en este caso se expresa cuando se cuestiona la responsabilidad del varón, los controles no funcionan, la obediencia se debilita y el diálogo se rompe.

“Desde que nos casamos me maltrataba, era desobligado porque no era responsable de su familia. Yo le decía que nos faltaba para comer y me respondía que me hubiera casado con un rico para que me mantuviera y me pegaba para que no le siguiera diciendo. Le pedía permiso para salir, me daba una hora para que regresara cuando iba a ver a mi mamá, sino me pegaba. Cuando él salía me sentía bien. Para él yo no valía, por eso cuando no estaba me sentía bien, a gusto, tranquila, porque si la niña lloraba se molestaba y me gritaba” (Otilia, 31 años, 2009).

“No nos llevábamos bien, discutíamos mucho porque lo que el ganaba no nos alcanzaba para comer, me maltrataba. Cuando se fue la primera vez, ya teníamos a mi niña y yo pensaba que le iba a servir estar allá, cuando regresó estuvimos bien un tiempo pero luego volvió a ser lo mismo. Tuve a mis otros hijos y no se detenía en decirme cosas, una vez uno de mis chiquitos me quiso defender y le pegó muy feo, lo bueno es que se detuvo si no me lo mata” (Carolina, 42 años, 2009).

Los factores que determinan las formas de convivencia familiar son la situación económica, las representaciones colectivas sobre la feminidad y la masculinidad, la

desvalorización de la mujer, así como el derecho de los varones a maltratar a las mujeres y a las hijas e hijos. Las agresiones no cesan por el hecho de que los varones migren, ya que en los períodos en que regresan a las comunidades de Charo, los insultos y maltratos persisten. Las consecuencias para las mujeres en los dos grupos de estudio son: sentimientos de inseguridad y miedo, tristeza, problemas de depresión e insomnio. La violencia hacia las mujeres es una forma de discriminación y exclusión que se sustenta en relaciones de poder, que dificulta su existencia y constituye una negación de sus derechos humanos (Núñez, 2006).

Migración: destino para los varones

Ante la aceptación por parte de los varones del indoblegable destino de desplazarse, se abren posibilidades de las mujeres de asumir decisiones para sobrevivir y en muchos casos para replantear los afectos rotos. Orozco (2003) apunta que la noción de destino alienta la conformidad y la resignación ante condiciones sociales adversas, en el que el destino es un instrumento ideológico que acalla y amordaza los anhelos, expresiones y descontentos frente a procesos históricos de opresión y marginación. Para los varones la migración es “cosa del destino”, “es algo prescrito”, “nos tenemos que ir”, frases sentidas por las mujeres que no solo inmovilizan la palabra del que se va, sino que también para ellas aparece como imagen de lo intransigente, inmutable y con lo cual no pueden establecer diálogo.

“Yo les diría a las muchachas que lo piensen mucho antes de casarse, aquí todos los hombres se van al otro lado, no les importa dejarnos, como si fuera nuestro problema. Ellos se olvidan que si nos casamos fue para estar juntos, se les hace fácil. Si las muchachas se casan, que se fijen qué hombre es, que no se crean que ellos las van a mantener, cuando una gana dinero puede salir adelante y tener sus hijos y darles de comer” (Isabel, 38 años, 2009).

El testimonio de Isabel muestra como el desplazarse los varones está fuertemente arraigado en el municipio de Charo; hay excepciones, pero es el único horizonte que perciben para su vida y no hay forma de cambiarlo. La hipótesis del sometimiento a un destino obligado, va en sentido contrario de lo que investigaciones realizadas sostienen, acerca de que la migración del varón es una decisión familiar en cumplimiento del rol de proveedor económico, impuesto como una carga que le exige mantener y controlar a los integrantes del hogar. Encontramos que las mujeres son excluidas de la decisión que toma el varón de irse, se les niega el derecho de migrar con su pareja, obligándolas socialmente a quedarse para dedicarse a la crianza de las y los hijos, garantizar la reproducción social de la familia y esperar al que se va. Las mujeres mantienen la ilusión de que regresará, mientras ellas enfrentan la situación y en muchos casos el abandono.

“Que es triste la realidad, ahora en estos tiempos que estamos viviendo en nuestro país, por falta de fuentes de trabajo que no hay aquí es que nuestros esposos se tienen que ir para los EE.UU. y tener que trabajar para otras personas allá, en lugar de que aquí que esas fuentes de trabajo se hicieran y fueran de beneficio para nosotros mismos los mexicanos y no se tengan que ir para allá” (Rosy, 22 años, 2009).

El proceso globalizador ha traído consecuencias para el campo mexicano, la migración masculina es aceptada socialmente, aunque la mayoría de los hogares reciben limitadas remesas y otros quedan en el abandono. El destino se presenta como conformidad e inmovilidad social del varón, a un sistema económico que lo margina y requiere para compensar la pérdida del potencial productivo, porque la migración debilita las perspectivas de desarrollo económico locales. La migración es el destino como horizonte para los hombres en Charo, en el que las redes sociales que se han construido a lo largo de décadas para que se vayan y vengan, legalicen su estancia o se queden definitivamente, aparecen como mecanismos que contribuyen a que su destino sea inmutable, no cambie, puesto que el desplazarse para ganar dólares es el camino que justifica su existencia.

“Sus papás están allá, el se apoyó con ellos. Tiene la facilidad de que establecieron buena relación con unos norteamericanos, que aprecian a mi suegra a mi suegro, viven en su casa, no hay necesidad de pagar una renta bueno una cantidad equivalente a una renta, con el apoyo se mis suegros se fue era más fácil para él” (Ana, 33 años, 2009).

Sin redes de apoyo no pueden ir y venir, este es un aspecto que da cuenta de la tradición migratoria en el municipio de Charo. Quienes migraron anteriormente, parientes, amigos, vecinos, se establecen en los lugares de destino y facilitan el desplazamiento de los que siguen los mismos caminos. En su destino migratorio los hombres apuestan a encontrar la razón de su existencia, con el pretexto del cumplimiento de su rol de proveedores económicos para aportar los bienes necesarios para la familia. Se utiliza el dinero como medio para cumplir el mandato de desempeñar el rol masculino de proveedor, que lleva implícita la responsabilidad y obligación, considerados como sentimientos contraídos junto con el matrimonio (Rosas, 2009).

“Se fue por lo económico, aquí no alcanza, con cuatro hijos, teníamos a los dos grandes en la secundaria y las chicas en el kínder. No estuve de acuerdo en que se fuera, pero no los puede uno amarrar tampoco. La mayoría de las mujeres aquí estamos así, es lógico que la vean a uno sola” (Oralia, 35 años, 2009).

Los varones de Charo migran para conseguir un trabajo remunerado que les proporcione sustento económico para las familias y les confiera un sentido de dignidad y reconocimiento en la comunidad, significados importantes para la construcción de su identidad masculina. Para las mujeres cuyos esposos deciden migrar, debido a los mandatos de género, su destino es otro: ellas se quedan al cuidado de sus hijas e hijos, bajo la vigilancia de la familia de su pareja, quien se encargará de su comportamiento y mantendrá al tanto al varón sobre la integridad moral de su mujer.

“Me quedé con un hermano de él por 7 años, me trató bien no tuve problemas. Después mis hermanos me ayudaron a comprar un terrenito en el que tengo un cuarto y el fogón” (Otilia, 31 años, 2009).

En el relato se observa la permanencia de las mujeres en espacios de los familiares del varón, que se presenta por un lado para salvaguardar el honor del que se va ante la comunidad de Charo, y por otro lado, como consecuencia de las limitadas remesas a lo largo de los períodos en que los hombres van y vienen. Cuando los conflictos se agudizan, las mujeres deciden moverse de estos espacios a aquellos que han podido obtener de manera limitada, con uno o dos cuartos para los integrantes de la familia.

El grupo de mujeres que mantienen vínculos afectivos, tiene mejores posibilidades para construir una vivienda. Para las mujeres que viven en el abandono, las anheladas remesas no llegan y sus condiciones de vida empeoran. Con la migración masculina, ellas se han visto empujadas a convertirse en jefas por lo que buscan las formas de obtener ingresos para el sustento de los integrantes del hogar. Con esta conducta se cuestiona el rol de proveedor del varón. Las actividades que realizan las mujeres no les posibilitan cubrir las necesidades básicas requeridas, por lo que su papel de jefa de hogar es limitado, y como lo plantea Amorós (2004), tiene características de frustración.

“Trabajé de todo, en casas aquí, eché tortillas, la gente me regalaba comida para mis hijos, fue muy feo, yo les digo a mis hijos que me perdonen porque hasta pedí limosna para darles un taco. Ahora trabajo en casas en Morelia y me va mejor” (Carolina, 42 años, 2009).

El proceso migratorio modifica la estructura tradicional de las familias. Al desplazarse el varón temporal o definitivamente, las mujeres de Charo asumen responsabilidades que tradicionalmente han sido masculinas, por lo que ellas cambian su rol e implementan alternativas de ingreso, incursionando en un mercado laboral que las discrimina y margina. Las mujeres se emplean en labores domésticas, comercio informal y en la elaboración de tortillas, actividades que resultan insuficientes para obtener un bienestar familiar. Las mujeres en ambos grupos realizan trabajo doméstico en su hogar y trabajan fuera de él para la obtención de remuneración económica.

Percepciones femeninas ante la migración del varón

Entendemos por percepciones, las ideas arraigadas en las mujeres y hombres, que dan sentido y significado a su actuar, a los papeles que tienen en la sociedad y al ser personas. La recuperación de las percepciones de las mujeres sobre cómo viven la migración del varón, permite dar voz a las otras protagonistas de este fenómeno, las invisibles. Los relatos nos dan a conocer las formas en que ellas experimentan las ausencias temporales o definitivas de sus esposos y las ideas que construyen a partir del contexto social en que se desenvuelven.

“Siente una un vacío, le llega a uno tristeza, puro llorar, y decir: ¡ay dios mío, a veces quisiera uno salir y correr, es algo inexplicable que se siente, más que nada cuando no está, se siente algo así muy feo. No me queda más que decirle a dios que lo cuidara, pero con el tiempo voy comprendiendo, como que uno va asimilando el por qué se fue, para un bien de nosotros mismos, poco a poquito se va disminuyendo eso que uno siente al principio se va quitando, a parte porque mis hijos estaban chiquitos

y me sentía que me vieran a mí que estaba llorando y me decían mami. Y como que no, ahora ya procuro estar bien para estar bien con mis hijos, pero si es algo muy triste cuando ellos se van y la dejan a una como con ahí quédate con tus hijos, yo me voy, es algo muy pesado” (Verónica, 24 años, 2009).

Las mujeres de Charo sienten la migración masculina con tristeza, angustia, culpa y abandono. Ellas luchan contra estos significados que les ocasionan los desplazamientos de los varones, los sentires provienen de la incapacidad de poder luchar contra el destino del varón y la obligación genérica de permanecer en la comunidad. A las mujeres no les gusta la ausencia de los varones, puesto que para ellas es vivir en la tristeza y con la permanente angustia de si se va, si regresará algún día o no, si llegaron, de no saber sobre su paradero, si están bien. El testimonio de Verónica da cuenta de cómo las mujeres terminan resignándose a vivir de esa manera, ellos se aferran a marcharse y ellas deciden que hagan lo que quieran, puesto que los más perjudicados son los hombres, por las situaciones a las que se enfrentan, por no vivir su paternidad y por la pérdida paulatina del vínculo con quienes se quedan.

En varios de los relatos, otros sufrimientos de las mujeres por la ausencia del varón migrante son la soledad y el abandono. La soledad está definida por su condición femenina, resultado de los estereotipos de ser mujer que cada una asume y desarrolla durante su vida.

“Muy feo, sentí como que me echaban un balde de agua fría porque te quedas solita, la primera vez sentí peor, ya otras veces no, todo el día lo piensas, lo esperas y no llega. Pensaba que le fuera a pasar algo, miedo lo fueran a matar, que no llegue, no regrese, muchas cosas, es una cosa muy difícil vivir así, una se la pasa esperándolo lo mejor que se pueda, arreglo la casa, preparo lo que a él le gusta para recibirlo” (Viviana, 27 años, 2009).

De esta manera, verse y sentirse solas está marcado por la construcción de género, puesto que los roles tradicionales de la sociedad patriarcal definen a la mujer como esposa, madre y ama de casa. Las mujeres aparecen como seres para los otros, para dar vida, sentido y cuidado a otros (Lagarde, 2000). La dependencia de vida de las mujeres marca su subjetividad.

Sin embargo, las mujeres en Charo no viven de manera tradicional sus roles. La migración de los varones, ha significado cambios en su feminidad y en la vida cotidiana. Han asimilado deberes tradicionales a las nuevas situaciones, han cambiado en aspectos tales como el trabajo, las relaciones con los hombres y en la apropiación de espacios. Ellas enfrentan las privaciones, carencias y necesidades desde una redefinición de su condición de género, que impacta en sus identidades y subjetividades. Las mujeres se esfuerzan para que la convivencia con los hombres que regresan sea respetuosa, no sometiéndose a relaciones violentas. Aún cuando el espacio público está reservado a los hombres y este contribuye a negar libertad a las mujeres, con la migración masculina las mujeres comienzan a ocupar este espacio.

Otro aspecto que da cuenta de la situación de las mujeres ante la migración del varón, es que viven en el abandono. Guillermina, Lucía, Rosalinda, Carolina, Francisca, Isabel, Amelia y Otilia son ocho mujeres que sobreviven por años en el abandono. Francisca, la última vez que vio a su esposo fue hace 20 años; cuando nació su segunda hija, desapareció sin dar explicación. Cuando estaba en Charo vivían bien, cuando venía no la agredía, “nada más se fue de repente y ya no vino”, ella se da cuenta porque el pueblo es chico y todos sabían que ya tenía otra mujer allá. No contaba con un espacio en donde vivir, por lo que se queda en la casa de un familiar de él. Sobrevive con sus hijo e hija con lo que le dan sus hermanos. El sentimiento que expresa es que no falló, aguantó con lo que él ganaba como campesino, le queda grabado que se va por necesidad, “por irse a ganar un poco de dinero más al otro lado”, pero ella considera que buscó el camino fácil, porque aquí lo vio difícil. Para ella el abandono le cambió todo, sintió lo peor no en lo económico, sino por el aspecto social, porque todo lo que ella se ha ganado ha sido con sus manos.

Carolina es madre de 3 hijos, su esposo regresaba a Charo cada 2 años, pero hace 10 años que ya no volvió. Con el dinero que logró ahorrar pudo comprar un terreno y fincó su casa, que no terminó, cuando su esposo venía la insultaba por la obra que dirigía. El abandono para ella significó que la vida se le había acabado y lloraba todo el día, no quería vivir. Expresa que “aquí hay muchas dejadas”, que no todas tienen la suerte de que los hombres regresen, comenta que siente feo que se dirijan a ella de esa manera. Nos dice que aquí los hombres se van, no hay quien los detenga por lo que las mujeres deben irse con ellos porque es muy feo estar sola.

Lucila vio por última vez a su esposo el 24 de noviembre de 2005, hace 4 años, sabe de él porque lo ven, pero ya no manda dinero. Sus 3 hijos le preguntan por qué no viene, lloran juntos, ella lo ayudó en el problema de alcoholismo, con lo que ganó en el otro lado pudieron solventar gastos de enfermedad de uno de sus hijos y terminaron los tres cuartos de su casa. Se vuelve a ir con su hermano, empieza a alcoholizarse allá y no vuelve. Relata que si regresara le pediría una explicación, en qué falló ella, en qué se equivocó. Platica con sus hijos acerca de él, les muestra fotografías, la niña es la que más lo busca. Ante el abandono, ella y sus hijos duermen en la misma cama, sienten miedo, ella “veía un gato negro, sentía que la tierra se abría y la tragaba”. Su hija pide mucho por él, “que pronto dios lo traiga”. Un año les llamó en Navidad y sus hijos estuvieron contentos, pero ya no volvió a comunicarse.

Otilia expresa que le tocó un marido “desobligado” y golpeador; la primera vez que se fue su esposo a Estados Unidos fue hace 10 años, regresa se vuelve a ir y no sabe más de él. La primera vez que regresa, ella ya no permite las agresiones. Empieza a trabajar con un dentista, pero el miedo continúa, logra el apoyo del patrón y su hermana para salir del círculo de la violencia. Tiene 5 años de estar sola y considera que no necesita de una pareja, los hombres le dan miedo, le da escalofrío pensar que la tomen a la fuerza, no tiene deseos de estar con alguien. Ante la experiencia del abandono, comenta que las mujeres no deben esperarlos, tampoco que les manden dinero, porque pueden salir por ellas mismas, hacer su vida puesto que las mujeres deben valorarse.

Guillermina tiene 30 años y 2 hijos, su esposo hace ocho años que se fue para no regresar, solo el primer año la llamó. Muchas veces se ha preguntado por qué se fue, llora su abandono y piensa que fue porque ya no la quiso. Si lo viera le reclamaría por qué la dejó. En la comunidad enfrentó el estigma de las dejadas, aunque no dejaba de preguntarse por qué a ella, aunque el abandono lo viven muchas mujeres y lo toman como normal. Durante seis años lo esperó en la casa de sus suegros. Ella vive ahora con una pareja que la aceptó con sus hijos, quienes son el motivo de su vida. Hasta el momento no tiene una casa en donde vivir.

Amelia se casó con un hombre “responsable” que nunca le dejó de dar su gasto. Ella guardó las remesas para comprar una casa en donde vivir. De soltera trabajó en el servicio doméstico y parte de su ingreso lo destinaba a su arreglo personal, que era lo que más le agradaba a su esposo. Desde soltero él iba y venía a Estados Unidos cada dos años. Después de siete años de matrimonio tiene a su hijo, con un embarazo de alto riesgo ya que tenía 41 años. Él no estuvo presente, pero mandó dinero para su atención médica y que no padeciera ningún contratiempo. Con el nacimiento del niño, ella esperó que él ya no se fuera, pero su respuesta fue contraria porque “más ganas tuvo de irse” para poder mantenerlos. Desde hace dos años no sabe de él y se pregunta por qué no lo hizo cuando ella estaba sola. A su hijo lo molestan en la comunidad poniendo en duda que tiene un padre.

Isabel tiene 3 hijos y se casó con un hombre “irresponsable” que no le daba para comer, por lo que ella salía a trabajar, con lo que ocasionaba que su esposo la agrediera, porque la gente pensaba que no era hombre para mantenerla. Empezó a irse para que pudieran comer y empezar a hacer unos cuartos. Fue y vino durante varios años, hace 5 años que no sabe de él. Al principio pensó ella que algo le había pasado, pero después la misma gente que venía de allá le informó que ya tenía otra mujer. La empezaron a ver sola, no faltó quien quiso aprovecharse, le decían que era una mujer dejada y que él no iba a regresar. Lloró mucho su situación, pero ya no le llora, pero llegó el momento en que decidió que tenía que hacer su vida, como él lo hizo.

Rosalinda tiene 35 años y 3 hijos. Su esposo iba y venía, como se acostumbra en la región, la veían como a todas las mujeres que se quedan. Hace cinco años que ya no sabe de él, al principio ella no se daba cuenta pero ya después empezaron a decirle que formaba parte de las dejadas. Sintió pena por sus hijos, porque lloraban a su papá, no tuvo palabras para ellos. Ella se pregunta el por qué del abandono, si se quedó por no arriesgar a los niños, aunque varias veces quiso irse con él. En los primeros años ella no quería vivir, sus hijos padecieron hambre y no tenía ganas de hacer nada, se la pasaba dormida. Sus suegros hablaron con ella, porque sus hijos podían morir de hambre. Ella le daría otra oportunidad si regresara, la mata no saber nada sobre él o si ya tiene otra mujer, o si ya no está vivo, si ya lo mataron. Son muchos años, sus hijos ya no quieren ver sus fotos, pues le dicen que ese ya no es su papá. En un principio como los demás comprenden que ellos están allá, no la molestaron, pero ahora siempre hay quien le dice que los niños están solos y que no va a regresar. Pero ella no quiere meterse en problemas, espera que él regrese para que los vea de frente a ella y a sus hijos, que les entregue cuentas.

Los relatos muestran otro de los rostros del proceso migratorio, el de las mujeres que viven el abandono en cumplimiento de su mandato de cuidar y educar a sus hijas e hijos. Como se describe, perciben la migración de los varones como una acción que todos realizan, aunque no están conformes de permanecer en espera de los que regresan. Los dolores son muchos en las que no migran, quedando lejos la obtención de una mejor calidad de vida para ellas y los integrantes de la familia.

Malestares de las mujeres

Cada mujer tiene diferentes formas de enfermar, estas dependen del contexto en el que se desenvuelven y de las relaciones de poder con el hombre. La cultura patriarcal con sus formas de socialización, con las ideas de control de la sexualidad y la asignación de roles, influye en la salud de las mujeres (Burin, 1991). El proceso migratorio modifica la vida cotidiana de las mujeres que se quedan, trastoca su salud psíquica provocando condiciones enfermantes. En los relatos de vida, las mujeres expresan que la depresión es el principal malestar relacionado con las ausencias de los maridos.

Para estudiar la depresión en las mujeres, seguimos el planteamiento de Burin sobre la construcción social de las mujeres como sujetos y su incidencia sobre su salud mental, en la que se destacan como factores de riesgo aquellos que afectan la construcción de su subjetividad. Sobresalen en los roles de género femenino la maternidad, el rol de esposa y el de ama de casa, que afectan los modos de enfermar de las mujeres. Nos dice la autora que para comprender la problemática específica de la existencia de las mujeres, debemos incluir las relaciones de poder dentro del ámbito de la vida familiar, así como la asignación del poder de los afectos al género femenino, como uno de los factores de riesgo a tener en cuenta en la salud mental de las mujeres.

“Si yo sentía una desesperación, sentía algo en mi pecho que yo quería salirme, incluso hasta los niños a veces me llegaron a poner de nervios pues era por lo mismo. Cuando los niños fueron creciendo yo les dije, ¡ay hijos, si les grité, perdónenme!, porque yo solo sabía lo que sentía, me desesperaba me dio depresión, me enfermé de los nervios, yo decía que voy hacer. Me dio mucha tristeza, le lloré un año” (Francisca).

“Si, me empezó a dar epilepsia pero me la controlaron, yo pienso que si tiene relación porque una se deprime, yo no tenía a mi niña, es más difícil superarlo cuando no tienes niños, nada más te la pasas pensando, lloras a cada rato, no quieres que te vean que estas llorando. Fue cuando tuve esas crisis. Me trataron 3 años. También tuve hemorragias nasales” (Viviana).

Aunque las mujeres en Charo tienen conocimiento de que todos los hombres migran, se casan con ellos; esto hace que sientan impotencia por no poder cambiar el camino que emprenderán tarde o temprano y se encuentran con limitadas condiciones para desplazarse juntos. Las relaciones de poder que se establecen en el matrimonio son uno de los principales factores que favorece la depresión en las mujeres, no son reconocidos su trabajo, esfuerzo, afectos que proporciona tanto al que se va como a

las y los que se quedan a cargo de ella. Los controles a distancia a través de familiares del marido y por vía telefónica, crean profundas diferencias y relaciones desiguales que conducen a las mujeres a enfermar.

La migración del varón representa para las mujeres dos aspectos importantes. Por un lado, la responsabilidad económica que recae sobre ellas, puesto que las remesas no son suficientes o no llegan; por otro lado, la responsabilidad de la reproducción social de la familia y la transmisión de afectos a quienes se quedan, así como la provisión de afectos a distancia para el que se va. El contexto y las relaciones entre los géneros, marcan la pauta de los malestares de las mujeres.

A través del matrimonio tradicional, las mujeres en Charo asumen el rol de esposas eficientes, son trabajadoras, proveen el sostén afectivo y asumen una actitud de pasividad al quedarse y esperar al esposo migrante. Ellas están siempre dispuestas a apoyar y sostener a los otros; cuando son abandonadas les provoca sentimientos de desamparo que las hace vulnerables en su salud mental.

Una nueva mirada femenina

Los dos grupos de mujeres, tanto las que mantienen vínculos afectivos con los hombres que migran como las que se encuentran abandonadas, han modificado sus identidades femeninas. Como jefas mujeres han adquirido un mayor poder de decisión dentro de sus hogares, tienen la última palabra en cuanto a la decisión sobre las remesas y los ingresos, sobre la educación y los permisos de las hijas e hijos. Las jefas asumen la responsabilidad de la manutención y organización familiar. Bajo estas condiciones sus tareas no solo son las reproductivas puesto que en el contexto de la migración, ellas desempeñan tareas económicas, representan a la familia y gestionan recursos.

Los relatos de las mujeres muestran que experimentan impotencia ante el inamovible destino cultural de los varones a migrar. No pueden convencerlos de que se queden para construir la pareja, a enfrentar juntos los problemas y vivir la experiencia de la paternidad. Ellas tienen la última palabra en las decisiones de los que se quedan, toman decisiones en la planeación a futuro como es la compra de bienes para poder vivir, en la construcción de sus viviendas y cuándo mudarse de la casa de los familiares del marido.

“Yo he sido muy independiente, me sirvió para resolver mis propios problemas, con mi hijo, nadie los podía resolver más que yo. Si tengo que salir, lo hago yo, me levanto temprano, nunca he querido depender de nadie. Una ya es madre, tiene otra conciencia, nunca me casé con la idea de resolver los problemas económicos, porque yo los he podido resolver, porque yo los he resuelto con él o sin él. Aprendí a hacer más responsable con todo el mundo, a tener más paciencia con todo el mundo, porque no la tenía tampoco. Es muy difícil estar sola” (Ana Lidia).

Las mujeres se ven como seres independientes, que generan sus propios ingresos y no dependen de lo que los varones les puedan dar. Han aprendido a valorarse y esperan poder tener relaciones más respetuosas con ellos.

“Yo les diría que no se esperen a que ellos les hablen, que les manden dinero, que salgan por ellas mismas, que hagan vida con su familia. El me pedía que me juntara con él, que lo hiciera por mis hijos, pero yo me valoré a mí misma, las mujeres debemos valorarnos” (Otilia).

Ellas saben que la gran mayoría de las mujeres en Charo viven su misma situación, aunque no lo comparten entre ellas, no desean que las mujeres jóvenes formen parejas con hombres que migren. Consideran que hay varones que no piensan así, puesto que el matrimonio es para que ambos estén juntos.

Consideraciones finales

El debate sobre el proceso migratorio no puede seguir negando la presencia de las mujeres en la vida social, económica, política y cultural de México. Como parte del modelo de desarrollo, las remesas constituyen la segunda fuente de ingreso, resulta necesario gestar un cambio en la política de migración que contemple a las mujeres en sintonía con las sociedades locales y que atienda sus problemáticas específicas.

El desplazamiento es una alternativa socialmente aceptada para los varones; por cuestiones de género las mujeres se quedan para garantizar la reproducción social de los integrantes de la familia y la transmisión de afectos. Ellas se quedan sin poder cambiar el destino de la migración como el camino trazado para la existencia de los hombres. Ellas modifican sus formas de ser y enfrentan las ausencias.

Para muchas mujeres las remesas resultan insuficientes para mejorar las condiciones de vida de sus hijas e hijos; otras mujeres tienen que vivir el abandono de sus parejas y buscar alternativas de ingreso. La ausencia temporal o definitiva de los varones modifica la estructura de los hogares, convirtiéndose en mujeres jefas de familia y desarrollándose en actividades del comercio informal y en el trabajo doméstico.

Como hemos dicho, la investigación que se desarrolló pretende contribuir al análisis y difusión acerca de la complejidad del fenómeno migratorio, desde la perspectiva de género y comprender los efectos de los desplazamientos en la vida de las mujeres que se quedan. Partimos de la idea de que los condicionantes de género son elementos que orientan cuales son los sujetos sociales que tendrán motivaciones para irse, los roles femeninos que impiden hacerlo y las formas de vivir de las mujeres en las comunidades.

A través de la voz de las mujeres pretendemos poner énfasis en el rostro invisible de la migración, ya que los estudios sobre el impacto de las remesas no lo nombran ni analizan. El sector rural queda feminizado por la migración masculina, lo que apoya y garantiza el proyecto económico y político globalizador. Las mujeres que se quedan contribuyen a compensar las políticas de desarrollo dominantes. La constante negación de su presencia y de su participación social, se convierte en un problema de poder.

El fenómeno migratorio posibilita cambios en las ideas y prácticas femeninas, en las que ellas son las principales protagonistas para asegurar la permanencia de las economías domésticas. Dada su situación se ven obligadas por el contexto a organizar e implementar opciones para garantizar la producción y reproducción de los integrantes de la familia. Las construcciones de la feminidad se modifican, sus transformaciones surgen por las ausencias del cónyuge y sus nuevas experiencias de vida.

El sistema global profundiza las desigualdades sociales existentes, transforma los diferentes espacios locales, así como las relaciones entre los géneros y las subjetividades. La globalización significa mayor exclusión, en el que el espacio se restringe cada vez más, un número creciente de trabajadores y trabajadoras salen de la producción y del consumo, por lo que el sistema no los inserta productivamente, generando así mayores migraciones. El estímulo del desarrollo proveniente de la migración de mano de obra, resulta en enormes ganancias para los países receptores, en los que existe una sobreoferta de trabajo en los diferentes sectores. En los países de origen, la migración conlleva una caída en el producto interno; las transferencias de ingresos desde el exterior solo aumentan los gastos para el consumo y la inversión pocas veces se genera.

En este contexto económico y social cambiante e incierto, la migración de varones trae como consecuencias, para las mujeres que se quedan, mayor responsabilidad económica y de reproducción de las familias. También se producen nuevas formas de convivencia familiar y adecuaciones de los significados de la feminidad y de la masculinidad. Se produce como resultado impensado una toma de decisiones más democrática y paradójicamente, se promueve una mayor autonomía femenina.

Bibliografía

Amorós, Celia (2004), “Globalización y orden de género”, en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds.), *Teoría feminista. De la ilustración a la globalización*, España, Minerva Ediciones.

Arizpe, Lourdes (2002), *Migración y relaciones de género*, México, El Colegio de México, 2005.

Banco Mundial (2007), “Remittance Trends 2006”, Washington DC, Migration and Remittances Team, Development Prospects Group.

Berger, P. y Luckmann, T. (1984), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Burin, Mabel (1991), *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*, México, Paidós.

Burin, Mabel (2000), *Estudios sobre la subjetividad femenina*, Buenos Aires, Librería de Mujeres.

Castells, Manuel (1999), *La era de la información*, Madrid, Alianza.

Castles, Stephen y Raúl Delgado (2007), *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas.

Cobo, Rosa (2004), “Globalización y nuevas servidumbres de las mujeres”, en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds.), *Teoría feminista. De la ilustración a la globalización*, España, Minerva Ediciones.

García, Brígida y de Oliveira, Orlandina (2006), *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*, México, El Colegio de México.

Durand, J. y Massey, D. (2003), *Clandestinos, migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Porrúa.

Ianni, Octavio (1996), *Teorías de la globalización*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

INEGI, 2005, México.

INEGI, 2007, “Hombres y Mujeres en México”.

Informe Desarrollo Humano, 2007, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Kapur, D. (2004), “Remittances: the New Development Mantra”, *Discussion Paper*, Washington DC, Banco Mundial.

Lim, Lean (1993), “Effects of women’s Position on Their Migration”, en Federeci, Nora; Oppenheim Mason, Karen y Sogner, Solvi, *Women’s Position and Demographic Change*, Oxford, Oxford University Press, pp. 225-242.

Lozano, Federico (2007), “Impacto económico de las remesas en México: un balance necesario en el país transnacional”, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México.

Marroni, Gloria (2005), *La diáspora latinoamericana: migración en un mundo globalizado*, México, Universidad Autónoma de Puebla.

Massey, D.; Arango, S.; Kouaouac, J.; Pellegrino, A. y Taylor, J. (1998), *Worlds in Motion, Understanding International Migration at the End of the Millenium*, Oxford, Clarendon Press.

Núñez, Miriam (1998), “Violencia Familiar y Legislación en América Latina”, en *Revista Universidad y Utopía*, Vol. 5, México, Universidad Autónoma Chapingo, pp. 17-21.

Núñez, Miriam (2000), *Charo: La feminización de la pobreza*, México, Universidad Autónoma Chapingo.

Núñez, Miriam; De la Tejera, Beatriz y Santos, Ángel (2004), *Mujer y pobreza: miradas y existencias*, México, Universidad Autónoma Chapingo.

Núñez, Miriam (2006), “Violencia de género en el medio rural”, Segundo Congreso Internacional Perspectivas del Desarrollo Rural Regional, México, Inédito.

Oliveira, Orlandina (1999), “Familia y relaciones de género en México”, en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, México, Edamex y Population Council.

Orozco, Mario (2003), “La noción de destino en el pensamiento de Freud”, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Rosas, Carolina (2009), *Varones al son de la migración. Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*, México, El Colegio de México.

Salles, Vania y Tuirán Rodolfo (1998), “Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México”, en Schmukler, Beatriz (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, México, Edamex y Population Council.

Sassen, Saskia (2003), *Contra geografías de la globalización, género y ciudadanía en los circuitos transnacionales*, España, Traficante de sueños.

Sen, Amartya (1996), *La calidad de vida*, México, Fondo de Cultura.

Stiglitz, J. (2002), *El malestar en la globalización*. Madrid, Taurus Santillana.

Szasz, Ivonne (1999), “La perspectiva de género en el estudio de las migraciones”, en García, Brígida (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México.

Taylor, S., y Bogdan, R. (1987), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, España, Paidós.

Vargas, Guillermo (1993), *Modelos de desarrollo y reestructuración territorial en una región del Centro Occidente de México*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.